

LA LUCHA CONTRA LA GUERRA

Gero Fong

Mi nombre es Carlos Yéffim Fong Ronquillo, pero me conocen como *Gero Fong*. Tengo 41 años y he sido un luchador social (no me gusta el título “activista”) prácticamente toda mi vida. Mi primera actividad con conciencia —no sé si de clase ya— fue a los ocho años, haciendo dibujos para una revista política obrera llamada *El Adelante*.

Lo primero que debo aclarar es que más que un luchador “por la paz”, he pretendido ser un luchador “contra la guerra”. No se trata de una distinción meramente formal sobre cómo deben decirse las cosas. No se trata de decirlo con menos filo para intentar agradar a todos. Tampoco es una diferencia menor que, más allá de su expresión, llega al mismo punto; es decir, aquella idea de “¡es lo mismo pero dicho de otra manera!”. No, no es así. No es lo mismo estar “en contra” que “a favor”. Estoy totalmente de acuerdo con esto y quiero reiterar que mis actividades políticas y organizadas, al menos en los últimos 16 años, se han enfocado *contra* la guerra. Naturalmente, la pregunta que sigue es: ¿de qué guerra estamos hablando? Vayamos, pues, a mis actividades contra la guerra.

La idea de hacer un movimiento contra la guerra en el estado de Chihuahua tuvo un primer antecedente en una organización llamada Taller no a la guerra, que operó entre 2001 y 2003. Se trataba de un colectivo, mayor a un centenar de jóvenes entusiastas, con influencias socialistas, anarquistas, altermundistas, pacifistas, zapatistas, autonomistas y artísticas que nos dedicamos a organizar protestas y ejercicios de reflexión “contra la

guerra” en las ciudades de Chihuahua capital y Juárez. Lo hicimos para oponernos puntualmente a la guerra contra Afganistán, declarada por el gobierno de Estados Unidos en octubre de 2001, después de los ataques terroristas contra las Torres Gemelas de Nueva York, el 11 de septiembre de ese mismo año.

A causa de que la guerra en Afganistán continuaría con la intervención imperial en Irak en 2003, bajo el singular rotulo de “guerra contra el terrorismo”, el Taller no a la guerra operó intermitentemente durante este breve periodo. Años más tarde terminaríamos de entender la importancia de esa declaración de “guerra contra el terrorismo” hecha por Bush, en la que la anunció como una guerra larga y dolorosa. En aquel tiempo esta idea de “guerra contra el terrorismo” solo nos parecía un eufemismo que la retórica imperial utilizaba para esconder una tradicional guerra de intervención en Oriente Medio.

Recuerdo que dentro de las actividades del Taller no a la guerra invitamos a Rogelio Luna, un viejo luchador chihuahuense, a compartir una charla. En aquella charla nos preparamos para escuchar que era necesario y posible parar la guerra si todo el mundo se unía bajo esta consigna generosa. Sin embargo, aún recuerdo las palabras de inicio en esa conferencia, que cito de memoria: “El imperio ha decidido ir a la guerra y toda la oposición mundial no va a poder evitarlo, no sabemos cómo regrese el imperio de su aventura bélica en Medio Oriente, puede venir victorioso o puede venir derrotado, pero debemos prepararnos porque venga como venga, viene contra nosotros”.

Enseguida, Rogelio Luna procedió a explicar las coordenadas de su razonamiento: por un lado, si el imperio regresaba victorioso de Oriente Medio, querría extender su dominio sobre su patio trasero y, por el otro, si venía derrotado querría cobrarse la derrota con sus dominados, empezando obviamente por su patio trasero. Nosotros, desde luego, somos el patio trasero de Estados Unidos.

En honor a la verdad, pocos tuvieron en cuenta las palabras casi proféticas del compañero Luna. Puedo decir que yo mismo no presté la debida atención en aquel momento. No obstante, esas palabras, en los siguientes

años, se fueron convirtiendo para mí en toda una revelación. La conexión entre las “distintas guerras” —la recién comentada “guerra contra el terrorismo” y la llamada “guerra contra el crimen” que ha bañado en sangre a México— se aclarará más adelante. Antes, relataré otro antecedente de mi actual actividad contra la guerra.

El periodo de Patricio Martínez como gobernador de Chihuahua, entre 1998 y 2006, fue especialmente criminal. Bajo su mandato, anclado en el discurso de la seguridad, se crearon más de una docena de cuerpos especiales policiaco-militares y se construyó en Chihuahua el centro policial militarizado C4 —en su momento, el más avanzado de América Latina, con tecnología y asesoría importada directamente de los militares en Estados Unidos—.

En este periodo el feminicidio aumentó de forma dramática en Chihuahua, a la par que se vivió un sensible aumento de la violencia. La complicidad del estado con el crimen organizado fue puesta de manifiesto muchas veces. En ese entonces en Chihuahua estábamos en el cambio de siglo, bajo esa peculiar situación —ahora ya muy conocida— en la que el estado aumenta los cuerpos represivos bajo el pretexto de cuidar la seguridad, pero el crimen más bien avanza y se consolida.

Los cuerpos represivos del estado no habían tomado parte hasta ese momento en ninguna especie de guerra contra el crimen, estaban simplemente ahí, como si esperasen algo. Todos los llamados de alerta que hacíamos desde la izquierda acerca del aumento armamentista del estado eran tachados como lo que yo denominaría la etiqueta de “paranoia antiseguridad”.

No obstante, a pesar de que las fuerzas especiales militarizadas no intervenían directamente para disolver manifestaciones como se hace ahora, sí hubo un aumento considerable de abusos policiacos contra jóvenes de barrio, artistas y activistas. Todo esto desembocó en una lucha contra la represión que unió a toda la izquierda chihuahuense y tuvo su clímax en la marcha de 2003, “¡Si eres diferente, eres delincuente!”, realizada en la capital del estado. Fue en ese contexto que un suceso cristalizó definitivamente mi visión sobre la guerra... pero esto fue en el Bajío mexicano.

Fui convocado a León, Guanajuato, para asistir a una reunión nacional de la Liga de Unidad Socialista, organización a la cual yo pertenecía entonces. Durante la reunión notamos la ausencia de un joven camarada y, más adelante, nos sorprendió una llamada de este mismo camarada en la que nos informaba que no había asistido porque él y otros manifestantes estaban rodeados por la policía.

Así, un grupo de camaradas fuimos comisionados para trasladarnos al lugar y asistir al grupo de manifestantes acosados por la policía. Como la manifestación no había sido muy numerosa —apenas unos cincuenta—, esperaba ver a un grupo de jóvenes jaloneándose con unos policías abusones en medio de un zafarrancho. Pero me quedé frío cuando arribamos a un pequeño zócalo donde unas cuantas decenas de jóvenes, de entre 15 y 20 años, estaban totalmente rodeados por cientos de elementos policia-cos fuertemente armados: había equipos antimotines, rifles de alto poder, perros y hasta un helicóptero rondando el área.

En medio, un funcionario de apellido Cabeza de Vaca, del PAN, apretaba las mandíbulas para no dar la orden de destrozar a los jóvenes. El municipio había prometido que estos jóvenes no volverían a rayar el centro de la ciudad.

Por fortuna, gracias a una cámara de televisión, junto con algunas personalidades de la izquierda local, académicos y periodistas que fueron arribando poco a poco al lugar, y a nuestra propia presencia, logramos detener la represión.

Pero entonces tuve una visión, no era nada más Chihuahua y no era únicamente el PRI o el gobernador ultraderechista Martínez, eran todas las ciudades y los principales partidos, era todo el contexto. El Estado mexicano se estaba preparando para reprimir a la población y, por fin, comprendí a cabalidad aquellas palabras que dijera Luna: la guerra de *allá* se continuaba *aquí*.

El capítulo inmediato de la lucha contra la guerra sería, desde luego, la llamada “guerra contra el crimen” desatada y nunca oficialmente declarada por Calderón en el 2008. Pero entre 2003 y 2008 siguieron ocurriendo cosas que reforzaron mis ideas, y pido una disculpa porque seguiré rodeando el punto un poco más.

En 2005 fui invitado a participar en una escuela política internacional en la ciudad de Ámsterdam, Holanda. Ahí pude conocer a varios camaradas de América Latina; de Chile, Uruguay, Venezuela, Colombia, Puerto Rico y Brasil. Para ser breve, puedo decir que al conocer más a detalle la experiencia de los demás países latinoamericanos concluí cuatro ideas generales.

Primero, que los planes neoliberales avanzaban en todo el subcontinente de la mano del Consenso de Washington. Segundo, que los principales objetivos del modelo eran los recursos naturales y energéticos. Tercero, que las diferencias en la aplicación del modelo se debían a las particularidades de cada país y a la resistencia local. Cuatro, que los principales retos del Consenso de Washington para la aplicación del modelo eran los gobiernos progresistas, pero principalmente los pueblos originarios.

Aprendí también otra cosa de suma importancia: el neoliberalismo como modelo global había llegado a su cenit en el año 2000 y, desde entonces comenzaba a tomar un giro altamente represivo. Años después leería un texto de Atilio Borón que confirmaría esta percepción, cuando él habla del advenimiento de un “neoliberalismo armado”.

Mis experiencias previas y estos aprendizajes terminaron por convencerme de que en México pronto habría una guerra, por lo menos en el sur mexicano. La cuestión era ahora: ¿cómo comenzaría la guerra?

Mi estancia en Ámsterdam coincidió con el conflicto de la Asamblea Popular de los Pueblos de Oaxaca (APPO) contra Ulises Ruiz en esa entidad. Así que, de acuerdo con mis percepciones, tuve la ocasión de insistir allá en Europa en la importancia de esta batalla. Andreu Coll, un camarada catalán, se interesó en el asunto y me pidió un artículo para el público europeo que sería publicado en *Revolta Global*. Al regresar a México escribí otro artículo titulado “El contexto de la batalla de Oaxaca”. Se trata de un texto que sigo citando porque me parece que tiene un aura un tanto profética. Dejaré que ustedes juzguen:

Es evidente que México se debate en una gran crisis política nacional en medio de una singular coyuntura política que podría catapultar a

los movimientos sociales y políticos a la perspectiva de derrocar al estado mexicano, o bien una peligrosa y violenta camarilla de poderosos pro-imperialistas podrían pretender gobernar con el terror.

Dentro de unos días el ilegítimo Felipe Calderón Hinojosa tomará posesión de la presidencia de la República seguramente en medio de protestas masivas. El sexenio de Vicente Fox puede ser denominado el sexenio del fracaso en todos los sentidos. No solamente porque no cumplió sus promesas de hacer avanzar la democracia y dismantelar al estado corrupto heredado de los sexenios priistas, sino porque desde el punto de vista de la agenda del Consenso de Washington, no pudo lograr las llamadas reformas estructurales, que consisten en la privatización de los recursos naturales y energéticos y las reformas fiscal y laboral que permitan mayores facilidades a los empresarios.

El artero y escandaloso fraude electoral presidencial que dio como 'ganador' a Calderón, operado tanto por miembros del PAN —el partido de Fox—, miembros del PRI, empresas privadas, las instituciones de justicia, y con el apoyo de los grandes medios de comunicación y la Casa Blanca, debe tomarse como una fuga hacia delante de la derecha mexicana, a la cual se le acaba el tiempo, engranada a la apuesta neo-imperialista de Estados Unidos ahora en duda. Antes de que los movimientos sociales masivos se presenten en México como en Sudamérica o bien que el consorcio petrolero militarista que gobierna en Washington termine de derrumbarse, los poderosos en el país harán lo necesario para remontar los seis años perdidos del foxismo, incluso arriesgando un levantamiento de la población.

El conflicto en Oaxaca no puede reducirse a un conflicto por falta de canales democráticos como quieren pregonar los civilistas del pensamiento débil. De hecho, el conflicto en Oaxaca está enredado en la pugna por una de las zonas geoestratégicas más importantes del mundo, lo cual le confiere al conflicto una importancia global e histórica como trataremos de demostrar. Oaxaca está en el corazón de una de las dos zonas, junto con la cuenca amazónica, más

ricas en biodiversidad del mundo, ésta es precisamente la zona que mayormente coincide con las características de las contempladas por el Plan Puebla Panamá (PPP): las selvas del sur mexicano y Centroamérica, ricas en minerales, maderas, agua, especies, litorales, zonas turísticas de gran belleza, patrimonio cultural prehispánico, tienen además petróleo y gas y podrían ser un importante paso de mercancías del Pacífico al Atlántico y viceversa.

El PPP es la estrategia político-comercial imperial que operaría lo que apenas está firmado en el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), prácticamente el saqueo de la riqueza de la zona y la sustitución del ambiente rural comunitario indígena por la urbanización industrial de tipo comercial y maquilador. Es inevitable que tal agresión al corazón de México provoque un éxodo masivo de emigrantes hacia el norte aun mayor que el actual, he aquí una de las razones por las cuales Estados Unidos militariza la frontera con México. Pero son precisamente los estados del sur mexicano (Chiapas, Guerrero, Michoacán, Veracruz, etcétera), donde está la mayor concentración de pueblos indios en México, y Oaxaca es precisamente el estado con más concentración indígena en el país.

Lo que podría estarse jugando en estos momentos en esta entidad es el futuro de un proyecto de nación, uno sometido a los intereses del gran capital, donde a los pueblos no les quede más que desaparecer disueltos en las capas proletarias, u otro que reconozca el aporte y la autonomía indígena y preserve el ecosistema. Por eso se necesitan criminales al estilo URO, pegados a los intereses de los caciques terratenientes y a los paramilitares que operan en toda la zona, para “gobernar”. Se trata primero que nada de controlar y limpiar la zona del sur de México, en una verdadera guerra de baja intensidad contra la gente. Es por eso que URO se ha distinguido como un represor e intolerante mayormente contra los pueblos indios y los maestros “rojos”.

